

# **NUESTRA SEÑORA DE VILLAVICIOSA: HISTORIA DE LA “SERRANA” Y DEVOCIÓN DE GÓNGORA**

---

MIGUEL CASTILLEJO GORRAIZ  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

## **Resumen**

Este trabajo comienza con una revisión de la historia de la imagen de Nuestra Señora de Villaviciosa desde su llegada a la sierra cordobesa hasta el día de hoy, recordando las vicisitudes que sufrió antes de quedar finalmente establecida su advocación mariana en Córdoba, repasando también las sucesivas copias que de ella se hicieron. A continuación, el estudio sobre los versos que Góngora dedicó a la Virgen de Villaviciosa, desde un punto histórico, estilístico y poético.

## **Abstract**

This research begins with a revision of Nuestra Señora de Villaviciosa image's history, from its arrival to cordobesian mountains until the present day, reporting the difficulties it suffered before this marian advocacy was finally established in Cordoba, taking account of its several copies too. Next, a study about Gongora's verses dedicated to the Virgin, from a historical, stylistic and poetic point of view.

De todos es sabido que la Virgen de Villaviciosa incita un fervor inmenso en los cordobeses que dura ya varias centurias. Desde que fuera traída a Córdoba por un humilde pastor, la imagen ha sido objeto de culto, permaneciendo arraigada en el corazón de sus fieles por los acontecimientos milagrosos que se le atribuyen. A pesar de las vicisitudes sufridas con el correr de los siglos, que incluso llegaron a suponer en cierto momento su desaparición y el desconocimiento de su paradero, siempre ha sido fielmente venerada, más aún a partir del auge que tuvo su devoción en la Modernidad. Esta advocación mariana fue acogida con celo y distinguida como sublime mediadora entre Dios y los hombres, pues obró numerosos milagros en favor de las gentes de los alrededores desde que fuera establecida en nuestra localidad. Dichas mercedes promovieron la pasión y la imploración de su auxilio por parte del pueblo, que no dudó en dedicarle todos los honores que se merecía a través de diversas celebraciones en pago a su magnanimidad.

Incluso el mismo Góngora participa de estos homenajes y contribuye a reavivar la llama de la devoción mariana con la composición de un par de letrillas que le dedica a la Virgen en una de las celebraciones organizadas en su honor en el año 1609. En ellas

el vate cordobés no duda en utilizar su don lírico para brindar dos plegarias a Nuestra Señora, en las que ruega por su obispo y amigo fray Diego de Mardones y encomienda su salud a la venerada advocación.

Las letrillas de Góngora, tema central de este escrito, y por extensión todas las celebraciones y fiestas populares para loar las excelencias de la Virgen representan la respuesta que el pueblo le ha dado a Nuestra Señora, como deuda por su papel como intermediaria entre los hombres y la divinidad y en gracias a sus múltiples cuidados; un digno homenaje a su historia desde que llegó a nuestras vidas, desde el origen de su devoción hasta hoy. Del tronco vacío de un alcornoque hasta la capilla mayor de la Catedral.

### **Origen de Nuestra Señora de Villaviciosa**

Los documentos que nos acercan a los orígenes de la devoción cordobesa son dos principalmente. El primero se titula "*Tratado de la Invención y Aparecimiento de la Virgen Santísima, nuestra Señora de Villaviciosa, y de su gran devoción y milagros*", y data de 1622. Está escrito por Juan Páez de Valenzuela, presbítero de la catedral que recopiló tantos datos como pudo en una sola monografía sobre el tema. La obra obtuvo tanto éxito que se agotaron todos los ejemplares y en el año 1715 se produjo su reimpresión con el fin de fomentar la devoción entre los cordobeses.

Hacia 1798, fray Jerónimo José de Cabra concibe una obra más completa que la anterior, titulada "*Memorias antiguas y modernas de la invención, traslaciones y milagros de la prodigiosa imagen de María Santísima de Villaviciosa*" y que consta de dos partes: en la primera, transcribe literalmente la obra de Páez de Valenzuela; en la segunda, recoge ordenadas cronológicamente todas las noticias proporcionadas por Gómez Bravo en su "Catálogo de los Obispos de Córdoba". Sin tratarse de un documento muy original, esta segunda obra no tiene tan sólo un carácter meramente compilatorio, sino que añade además ciertas notas aclaratorias que refuerzan la tradición cristiana de esta devoción.

Según estas fuentes podemos construir la historia de la devoción de la Virgen de Villaviciosa, desde sus orígenes hasta su establecimiento definitivo como advocación en Córdoba. Si atendemos a los inicios de dicho fervor mariano, hemos de remontarnos varias centurias y situarnos en la mitad sur de Portugal. Relata la tradición cristiana que en los tiempos de la conquista por los musulmanes fue escondida y enterrada una imagen de la Virgen sosteniendo al niño Jesús, en un lugar de Portugal denominado Villaviciosa. Hacia la segunda mitad del siglo XIV, encontrándose unos jornaleros trabajando aquella tierra, descubrieron una cavidad de la que emanaban unos suaves destellos de luz, dentro de la cual apareció una caja de plomo que guardaba con celo la imagen de María Santísima. Fue rescatada de inmediato y trasladada a la iglesia del pueblo, en donde se expuso a la admiración de todos sus habitantes.

Pasado el tiempo y un tanto frío ya el fervor inicial hacia la imagen, siendo el número de visitas que recibía considerablemente menor, un guardián de ganado llamado Hernando que recorría aquellas tierras al frente de sus animales y la visitaba con frecuencia, contemplaba con tristeza el dicho abandono. Compadecido, tomó un día la imagen y poniéndola con sumo cuidado en su zurrón, emprendió una larga marcha que no cesó hasta llegar a Las Gamonosas, un lugar situado en la provincia de Córdoba, cerca de Espiel y dedicada al pasto del ganado y a la dehesa de yeguas. Una vez

instalado en aquel lugar como ganadero, escogió el tronco hueco de un alcornoque para colocar la imagen de la Virgen, adonde acudía con frecuencia a dedicarle oraciones, cantos y bailes.

Al darse cuenta de la desaparición de la Virgen de la ermita de Villaviciosa, los portugueses inquirieron hasta averiguar la identidad y paradero de Hernando, revelada por otro pastor al que prometieron una recompensa. Hallado Hernando, fue apresado de inmediato y trasladado a prisión, siendo restituida la imagen a su lugar de procedencia. Condenado a muerte, la noche anterior a su ejecución Hernando se encomendó a su Madre, suplicándole por su vida, y cuando a la mañana siguiente fueron a buscarlo a su celda la encontraron vacía. Al mismo tiempo la imagen de la Virgen había vuelto a desaparecer.

Los principales caballeros de la ciudad tomaron de nuevo la ruta de Las Gamonosas para buscar de nuevo al raptor, y una vez recuperada, camino de regreso por segunda vez, creyendo estar a punto de llegar a su casa tras varias jornadas de viaje, vieron con sorpresa que seguían encontrándose en Las Gamonosas. Atónitos, interpretaron el prodigioso suceso como voluntad divina de que la imagen permaneciera en Córdoba y no volviese a Portugal como ellos pretendían. Los portugueses se disculparon frente a Hernando y le ofrecieron todo cuanto tenían para levantar una ermita en aquellos parajes y así trasladarla del tronco en el que se situaba a un altar que fuese digno de la Madre, y en donde pudiera exponerse para su culto. De este modo se levantó una humilde ermita en donde fue adorada tanto por el pastor como por numerosas gentes de los alrededores que acudieron a admirarla.

Poco a poco Nuestra Señora de Villaviciosa, que así se siguió llamando al conservar el topónimo portugués, derramó sin mesura sus favores por entre aquellos que acudían implorando su auxilio, hecho que propició la fama de sus prodigios: las condiciones climatológicas del lugar mejoraron, las cosechas fueron abundantes, se libraron las poblaciones más cercanas de cualquier clase de contagio. Creciendo la devoción entre los habitantes de Córdoba, se decide la reunión de los mismos en cofradía, siendo reconocida por la autoridad eclesiástica en 1528.

Años después se repitió el rapto de la imagen a manos de otro pastor que apacentaba sus ganados por la zona y, siendo él natural de Antequera, la trasladó hasta allí a un hospital en donde permaneció por un plazo de dos años. Presos de una gran pena los cordobeses por la pérdida de su Virgen, pusieron en marcha varios intentos de búsqueda que no fueron fructíferos en un principio. Sin embargo, la casualidad quiso que un cordobés acabara oyendo misa en el mismo hospital de Antequera donde se encontraba la imagen buscada. Comunicada la noticia al prelado de la diócesis, fray Juan de Toledo, y al cabildo catedralicio, fue el mismo deán, don Juan Fernández de Córdoba, quien se trasladó hasta Antequera para pedir la devolución de la Virgen a Córdoba, consiguiéndolo no sin grandes dificultades.

Este hecho obligó a tomar mejores medidas de seguridad hacia la imagen por parte del pueblo de Córdoba, que comenzó la edificación de un nuevo templo de mayor envergadura y más adecuado al auge que había tomado la devoción a la milagrosa imagen.

A finales del quinientos, ocurrió un suceso que bien pudo costarle al santuario la dedicación a la glorificación de Nuestra Señora. Habiendo tomado posesión de la sede episcopal don Pedro Portocarrero, y siendo propuesto para Inquisidor General, donó esta ermita a los Predicadores y a nombre de fray Alonso de Portocarrero, con el interés

de fundar un convento de la citada Orden. Al recibir la noticia, el cabildo se comunicó de inmediato con el concejo municipal con el que compartía el patronato de la ermita, y ambos acordaron dirigirse al obispo que se encontraba en Madrid, y que afirmó haber hecho la concesión pensando que no habría perjuicio para el patronato. Finalmente el asunto trascendió hasta Roma, dictándose sentencia a favor del cabildo, aunque como prevención ya se había ordenado la retirada de la imagen del santuario hasta la catedral de Córdoba por temor a que pudiese quedar en manos de los dominicos, si estos hubieran llegado a tomar posesión del lugar.

La localización de la Virgen, y más tarde de la ermita, hizo que muchísimas personas trasladasen su domicilio a los alrededores, hecho que posibilita la aparición del pueblo de Villaviciosa como tal. Aunque la población crecía con intensidad, seguía dependiendo eclesiásticamente de la cercana Espiel, lo que suponía un atraso para los habitantes de Villaviciosa, que debían de trasladarse hasta la localidad vecina para recibir los sacramentos. A fines del siglo XVII, el prelado, cardenal Salazar, fundó parroquia en aquel sitio, separando por fin su feligresía de la de Espiel.

Año tras año la Virgen de Villaviciosa es venerada con aún más fervor si cabe, y es traída en numerosas ocasiones de su serrana ermita a la ciudad, celebrándose multitud de fiestas, ofrendas y procesiones en su honor, con motivo de públicas calamidades, graves necesidades y largos periodos de sequía. En sus periódicas visitas a la capital y sus prolongadas estadías en ella, la Virgen tenía su residencia dentro del templo catedralicio y en él, el lugar más reiteradamente ocupado por ella fue la capilla mayor, que llega a ser denominada con el tiempo y por esa misma razón como capilla de Villaviciosa. En esta capilla permanece desde 1698, sin volver a salir de su recinto. Sin embargo, no siempre que fue traída de la sierra hasta la catedral se colocó en el mismo lugar, pues se tiene conocimiento de que también fue expuesta en varias ocasiones en otros altares, desconociéndose las razones para ello. Por ejemplo, en la venida correspondiente al año 1580 la imagen se colocó en la capilla colateral del Sagrario. De todas maneras la mayoría de las veces se situaba en la capilla mayor, lo que hizo que los fieles se habituaran a encontrarla allí, fijando su emplazamiento en esa capilla y dando pie a designar con el mismo nombre a la misma.

Las causas de las venidas de la Virgen son los repetidos homenajes y súplicas que los fieles le dirigían. De manera muy recurrente acudían a ella rogándole para que remediasse la situación de los campos cordobeses, llegándose a considerar esta advocación como la Virgen de la lluvia por antonomasia. De igual modo Góngora, como un cordobés más, se encomienda a su Madre cuando necesita de ella. Para ello, compone las dos célebres letrillas impetrando la salud del obispo, y éstas pasarán a la historia como uno de los más claros ejemplos de la religiosidad paladina del espíritu de don Luis.

### **La imagen de Villaviciosa y sus copias**

La talla original, tan perfecta, de Nuestra Señora de Villaviciosa es de una antigüedad incalculable y autor desconocido. Hoy día de esa imagen sólo son visibles la cabeza de la Virgen y la del Niño que lleva en brazos, de tal modo que el resto fue revestido en plata por orden del Obispo Fr. Bernardo de Fresneda en el año 1577. Dicha funda fue realizada por el platero Rodrigo de León y por su ayudante Sebastián de Córdoba y se cierra sobre la imagen con tornillos a los costados. La novedad respecto

a la talla original es que el Niño está sentado sobre el hombro izquierdo de la Virgen y Ella lo sostiene con una mano. El trono sobre el que se encuentra la imagen se adornó con cuatro láminas doradas en donde se grabaron las escenas más importantes de la tradición: sobre el rapto de la imagen por el pastor Hernando, su captura posterior y su vuelta y la de la imagen a Las Gamonosas. Actualmente, esta imagen escultórica forma parte del tesoro de la Catedral, en cuyo museo se encuentra, esperando ser admirada por todos.

La primera copia de la milagrosa imagen fue realizada por la propia hermandad y data de 1525. Posiblemente se tallara a raíz del robo de Antequera y con el deseo de que en las ausencias de la talla, en los periodos de tiempo en los que era trasladada a su santuario de la sierra, los devotos fieles cordobeses pudieran seguir rindiendo culto a Nuestra Madre de Villaviciosa en la capital y que el fervor popular hacia la serrana no perdiera intensidad. Esta primera copia tampoco es visible en nuestros días, puesto que al encontrarse muy deteriorada ya en 1961 se solicitó, por parte de la hermandad, al escultor D. Antonio Rubio Moreno, una nueva imagen y de mayor tamaño de Nuestra Señora de Villaviciosa que recoge en su interior la anterior. Esta imagen, que es la que se venera hoy día, fue bendecida en el verano de 1961 por D. Julián Aguilera Luque, párroco de San Juan de Letrán, donde se establecía la hermandad en dicha época. Más moderna, se distingue de la primitiva en la postura del Niño, al situarlo de perfil y no de frente y en su gran peana.

Existe otra talla de la Virgen realizada en 1763 con motivo de la solicitud del pueblo de Villaviciosa, que deseaban poder venerar la imagen en las ausencias de ésta, cuando se encontraba en la capital cordobesa. Por ello el Cabildo decidió la realización de una nueva copia para que fuera colocada en el santuario de la sierra y ofrecer así, ya como patrona, refugio espiritual a los habitantes del pueblo y sus alrededores de manera perpetua, siendo constituida cofradía en su honor en el año 1987.

Finalmente, se guardaba otra copia de Nuestra Señora en el hoy desaparecido convento de Santa María de Gracia en Córdoba, fiel imagen de la primitiva e igualmente revestida en plata, realizada con la idea de fundar una nueva cofradía en su honor en 1609, aunque acabó decidiéndose que la nueva hermandad se agregara a la ya constituida de San Lorenzo.

### **La devoción mariana en Góngora**

Si bien la devoción hacia María es un fenómeno que destaca en toda la historia de la Iglesia desde siempre, es, a partir del Concilio de Éfeso cuando se despliega con mayor fuerza, volviéndose centro de atención y enseñanza de su veneración su naturaleza y el misterio de su maternidad divina. La piedad hacia la Madre del Señor pronto superará en importancia al fervor hacia otros santos. La veneración a la Virgen se renueva con el Concilio de Trento, celebrado para hacer frente a las herejías del protestantismo y la relajación religiosa del momento.

En Góngora, y en otros artistas contemporáneos, como Murillo o Alonso Cano, renace un espíritu mariano que aboga por las enseñanzas de la Iglesia, y cuyo fin es transmitir las. Cada uno utiliza la expresión de su arte con un mismo fondo: el ensalzamiento de la figura de María. Góngora es partícipe y promotor de una poesía de exaltación religiosa que llega a todos los públicos auspiciando un mayor fervor por la Virgen, que se forja poco a poco en la multitud de conmemoraciones y festividades

religiosas en su honor.

Ya conocemos la polémica suscitada sobre la creencia en la limpia Concepción de María, cuestión que tuvo que esperar a ser zanjada hasta el siglo XIX, cuando fue proclamada por Pío IX como dogma de fe. La actitud de don Luis ante la lucha de las escuelas teológicas maculista e inmaculista era clara; prueba de ello la tenemos en el soneto en el que el cordobés canta la Concepción pura de María, fechado en el año 1614:

Si ociosa no, asistió Naturaleza  
incapaz a la tuya, oh gran Señora,  
Concepción limpia, donde ciega ignora  
lo que muda admiró de tu pureza.  
Díganlo, oh Virgen, la mayor belleza  
del día, cuya luz tu manto dora;  
la que calzas nocturna brilladora;  
los que ciñen carbunclos tu cabeza.  
Pura la Iglesia ya, pura te llama  
la Escuela, y todo pío afecto sabio  
cultas en tu favor da plumas bellas.  
¿Qué mucho, pues, si aún hoy sellado el labio,  
si la naturaleza aún te aclama  
Virgen Pura, si el Sol, Luna y estrellas?

Dada su formación intelectual y religiosa, Góngora demuestra un especial interés por las tradiciones y por el conocimiento de las mismas, ya fueran de origen mitológico o espiritual, y tanto su bagaje cultural como su fervor cristiano dejan impronta en el desarrollo de sus opúsculos.

El inconfundible estilo de nuestro insigne poeta se hace patente en la composición de sus poemas sacros en los que, de manera original, Góngora logra unir la tradición a los aspectos culturales que le tocó vivir, a su personal visión de las particularidades socio-políticas y religiosas de su tiempo y a su propia espiritualidad. El arte de don Luis consiste, sobre todo, en el intenso y magistral dominio del lenguaje, que queda demostrado en la admirable habilidad que poseía para ajustar la forma al contenido y a la ocasión para la que eran escritos sus versos.

Impulsado por el clima barroco de exaltación de la vida de los santos que se despliega fervorosamente en la época de la Contrarreforma, Góngora deja fluir en su obra poética el entusiasmo por la devoción mariana, en cuya figura virginal florece la milagrosa protectora y dispensadora de dones, intermediaria entre Dios y los hombres. Las letrillas que compuso en su honor, participando en las grandes festividades religiosas o con motivo de rogativas por la salud de obispos y nobles personajes, inflaman la pasión cristiana en el lector a través de sus cálidos y palpitantes versos.

Dos son los poemas que dirigió a la veneración de Nuestra Señora de Villaviciosa, escritos en marzo de 1609 con motivo de las ceremonias de culto a la imagen que tendrían lugar durante el mes siguiente. Tal vez sean estas las únicas composiciones religiosas no marcadas por circunstancias coyunturales, puesto que Góngora, implicado afectivamente en el agravamiento del estado de salud del obispo fray Diego de Mardones, se dirige a la Virgen pidiendo por la salud del dominico.

Las composiciones en honor a la imagen cordobesa son de un marcado estilo popular y en las que la genialidad del poeta se vierte en mesurada, emotiva y sincera plegaria. La primera de ellas se estructura como un canto y Góngora se dirige a la Virgen como *Serrana*, combinación perfecta para dicho momento en que era venerada, en el descenso de la imagen desde Villaviciosa, en pleno corazón de Sierra Morena hasta Córdoba. El estribillo que se repite a lo largo del poema es dulce y melódico y muy acertados sus versos, especialmente aquellos orientados al rebaño agradecido que el Obispo piadosa y generosamente bien dirige.

El poeta, en nombre de todos los cordobeses, se deshace en súplicas a la imagen mariana: “¡Ay, que os lo pide, más ay, que os lo ruega!”... con el deseo de conservar “la vida de nuestro pastor”, una vida “que venza los años del robre más vividor” y así poder seguir disfrutando del buen hacer de este “generoso pastor santo”. Mardones es nuestro pastor y el pueblo se convierte en rebaño, en ganado agradecido a los favores del obispo dominico y el poeta no olvida el primer lugar donde fue venerada la santa imagen en Córdoba, “el vacío de un alcornoque”.

#### A NUESTRA SEÑORA DE VILLAVICIOSA

*Serrana que en el alcor  
de un pastor fuistes servida,  
conservad la vida  
de nuestro pastor.*

¿Quién, Señora, su favor  
a píos afectos niega?  
¡Ay, que os lo pide, mas ay, que os lo ruega el balido  
de un ganado agradecido!  
Albergue vuestro el vacío  
de un alcornoque fue, rudo,  
tanto de un pastor ya pudo  
el devoto afecto pío  
por él y por su cabrío  
renunciastes el poblado  
sin duda que es un cayado  
el arco de vuestro amor

*Serrana que en el alcor  
de un pastor fuistes servida,  
conservad la vida  
de nuestro pastor.*

Si lo pastoral ya tanto,  
serrana, os llevó gallarda  
guardad hoy al que nos guarda  
generoso pastor santo;  
tiempo le conceded cuanto  
le desean sus rebaños,  
que a fe que venza los años  
del robre más vividor.

*Serrana que en el alcor  
de un pastor fuistes servida,*

*conservad la vida  
de nuestro pastor.*

En la segunda composición dedicada a la advocación de la imagen de Nuestra Señora de Villaviciosa, la súplica a la Virgen pidiendo por la salud del obispo Mardones es más que evidente, usando además el ingenioso juego de palabras: “*sois Estrella del Mar; / y es un Mar de dones él*”. Don Luis destaca en sus versos la virtud y la devoción del obispo: “*que a pesar de la tiara / le deben la santidad*” asemejándolo incluso al Papa. Mardones había demostrado verdadera devoción por nuestra ciudad y se había preocupado por dotar y enriquecer a la Iglesia de Córdoba de toda clase de bienes, con muchas dádivas y memorias. Y en “*tantas arras sabe dar / a su Esposa*” en la que deja constancia que fue el artífice de la construcción de muchas obras en la Santa Iglesia Catedral y uno de sus principales mecenas.

EN LA MISMA OCASIÓN

Virgen: a quien hoy fiel  
tantas arras sabe dar  
a su esposa,  
*sed propicia, sed piadosa,  
pues sois Estrella del Mar;  
y es un Mar de dones él.*  
Al padre de una piedad  
tan generosa y tan rara,  
que a pesar de la tiara  
le deben la santidad,  
si virtud vale, su edad  
prolija sea y dichosa;  
*sed propicia, sed piadosa,  
pues sois Estrella del Mar,  
y es un Mar de dones él.*  
Inmortal casi prescriba  
los términos de la muerte,  
que quien vive desta suerte  
desta suerte es bien que viva;  
no cual otras fugitiva  
su memoria sea, gloriosa;  
*sed propicia, sed piadosa,  
pues sois Estrella del Mar,  
y es un Mar de dones él.*

Góngora, como un cordobés más, invoca el auxilio de Nuestra Señora de Villaviciosa: “*sed propicia, sed piadosa*”, exalta la figura del obispo Mardones, “*padre de una piedad tan generosa y tan rara*”, y nos muestra la virtud y la santidad que envolvían a su amigo dominico. Nuestro poeta se entrega en cuerpo y alma a la devoción de la imagen, esperando que interceda por la salud de su obispo y lo hace construyendo unos versos que, como el resto de su magna obra, poseen un ardor lírico sin par, capaz de hacernos partícipes a nosotros también del sentimiento religioso que alimenta su propia alma.

En 1616 elabora un poema a la Virgen del Sagrario con motivo de la celebración

de las fiestas que el cardenal don Bernardo de Sandoval hizo para trasladar la imagen mariana a una capilla que se le construyó en Toledo. Es una composición diferente a las escritas en honor a Nuestra Señora de Villaviciosa aunque vinculada a éstas, en clara relación, tanto por la devoción a la Madre del Señor como por la amistad que une al poeta con los personajes elogiados en ellas. Pero en los poemas a la imagen de Villaviciosa adopta un tono pastoril y cálido, completamente alejado del tono altisonante, recargado y tenebroso que poseen los versos toledanos, para cuya elaboración Góngora se sumerge en verdadero éxtasis culterano.

Era habitual que Don Luis participase en muchas de las celebraciones religiosas que tenían lugar por todas las ciudades españolas de la época, ya sea escogiéndolo como momento especial para hacer lucir la majestuosidad de su pluma y su facilidad para construir hermosos versos, ya sea motivado por la confianza que en él ponían los miembros del Cabildo por la que recibía la designación para participar en dichas celebraciones en representación de la institución eclesiástica. Es probable que como resultado de estos encargos visitara Toledo durante la celebración de dichas fiestas en honor a la Virgen del Sagrario.

No es el mismo público el que atendió estos versos que aquél que participó del candor dedicado a la Virgen de Villaviciosa. Toda la corte se daba cita en el festejo; incluso el rey Felipe III, su hijo el príncipe heredero y su esposa Isabel de Borbón acompañaban a la familia Sandoval. A Góngora siempre le interesó el ámbito cortesano con la única intención de conocer de cerca el círculo literario y cultural propio de palacio y en estas circunstancias coyunturales se explica el derrame místico que suponen las diez octavas reales que componen el poema. Por otro lado, para rogar a Nuestra Señora de Villaviciosa Don Luis escoge, sin género de dudas, la forma más adecuada, más sencilla y más grácil, puesto que al pueblo siempre le resultó más difícil conservar en la memoria la métrica elaborada, los conceptos eruditos y el boato y la solemnidad de los versos endecasílabos.

Por todo ello, es necesario entender que una obra artística, sea de la naturaleza que sea, pictórica, escultórica o literaria, por ejemplo, sólo alcanza su sentido al ser encuadrada y reconocida en el contexto histórico-social que posibilitó su creación. En esta línea podemos recordar que, para Heidegger, la Verdad siempre es un concepto más nítido en las expresiones del arte, especialmente, a través de la poesía. Esto es, hemos de valorar una obra no sólo por lo que es en sí, sino también por lo que significa dicha expresión artística, puesto que cada obra de arte, sea del cariz que sea, implica siempre una verdad superior, el objeto o el motivo de su creación. Así, el contexto en la obra de arte queda determinado a través de la relación establecida entre la misma y la conciencia social del espectador / lector, obteniendo su aprobación tras su admiración o lectura, y según el grado de acuerdo con la motivación del artista que propició su creación.

Hoy podemos afirmar que Góngora sigue siendo con el paso de los siglos una figura viva de nuestra literatura y no hay más que retomar su obra para comprobar que sigue brillando en la actualidad. Como bien decía Ortiz Juárez, su obra poética forma un todo, porque sabiamente se complementa, y cada faceta de la creación gongorina se corresponde, con acierto admirable, con otra faceta aparentemente distante. La estética literaria de Góngora entreteje un universo paralelo en el que, especialmente, santos y vírgenes siguen esperando que descubramos y redescubramos la historia y la tradición, cogidos de la mano, a través de sus estrofas.